

Y Parrales, el bandido, y don Ignacio, con su contrabando de aguardiente.

Y el diputado en el reñidero de gallos con el Litri, «ese torero gordo y lustroso de Huelva», y el alcalde de entonces, Frasco Vélez, que busca la soledad que dejan sus tiros para pasar su aguardiente de pita y de higo, así como el anterior, Vasco, para conseguir lo mismo, vestía al Tonto de fantasma.

Y el Quemado, el de los burros que cargan arena, y Don Joaquín de la Oliva, el Pájaro Verde y otros que los oyeron y decían de la tortuga que era una tortuga griega, a la que una vez el Sordito le dio un tiro, cuenta Juan Ramón, «para que viéramos lo dura que era. Rebotaron los plomos y uno fue a matar a un pobre palomo blanco, que estaba bebiendo bajo el peral».

Un episodio que amo en especial es el de la perra de Lobato el tirador:

«Parió cuatro perritos, y Salud, la lechera, se los llevó a su choza de las Madres porque se le estaba muriendo un niño y don Luis le había dicho que le diera caldo de perritos. (...) Dicen que la perra anduvo como loca todo aquel día, entrando y saliendo, asomándose a los caminos, encaramándose en los vallados, oliendo a la gente... (...) Tú sabes bien lo que hay de la calle de Enmedio a la pasada de las Tablas... Cuatro veces fue y vino la perra durante la noche, y cada una se trajo a un perrito en la boca, Platero. Y al amanecer, cuando Lobato abrió su puerta, estaba la perra en el umbral mirando dulcemente a su amo, con todos los perritos agarrados, en torpe temblor, a sus tetillas rosadas y llenas...»

En este episodio tan hermoso, el don Luis del tan curioso remedio («caldo de perritos»), tal vez tomado de la cocina china, es don Luis, el médico, y hay otro médico en el libro, Darbón, el médico de Platero, «grande como el buey pío, rojo como una sandía. Pesa once arrobas. Cuenta, según él, tres duros de edad».

Y están también Doña Camila (sesenta años y tres veces viuda) y Satanás (setentón así mismo viudo, una sola vez), que se casan y les dan una cencerrada: cree Juan Ramón que quienes hicieron sus figuras en ella fueron Pepe el Pollo y Concha la Mandadera que iba vestida de blanco y rosa, dando lección, con el cartel y el pun-

tero, a un cochinito, mientras él tenía un pellejo vacío de mosto en una mano y con la otra le sacaba a ella de la faltriquera una bolsa de dinero. Y abriendo camino al desfile, Pepito el Retratado, vestido de cura, en un burro negro, con un pendón.

Y por cierto que el vecino que hace la figura de Satanás le recuerda a Juan Ramón «aquel hombre que yo creía en mi niñez que quemaba los montes, una especie de Pepe el Pollo

– Oscar Wilde, moguereño–, ya un poco viejo, moreno y con rizos canos, vestida su afeminada redondez con una chupa negra y un pantalón de grandes cuadros en blanco y marrón, cuyos bolsillos reventaban de largas cerillas de Gibraltar». Y cuya contrapartida vendría a ser el Don Juan del pueblo, León, «vestido ya y perfumado para la música del anochecer, con su saquete a cuadros, sus botas de hilo blanco y charol negro, su descolgado pañuelo de seda verde y, bajo el brazo, los relucientes platillos». Añade Juan Ramón que le dice que «a cada uno le concede Dios lo suyo; que si yo escribo en los diarios... él, con ese oído que tiene, es capaz...

–Ya v’osté, don Juan, loj platiyo... El ijtrumento más difísi... El uniquito que ze toca zin papé...»

Y se va silbando no se sabe qué pasodoble, sin duda la pieza nueva de la noche. Pero vuelve de pronto y le da una tarjeta al señor que escribe en los diarios:

## LEÓN

### *Decano de los mozos de cuerda de Moguer*

Y hay un hombre sobrio, seco y sencillo de la Carretería, por ejemplo, Raposo, y un hombre alegre, moreno y rubio, Picón, de la calle de la Ribera, la de los marineros.

Y el inefable Lipiani, que saca de paseo a los niños de la escuela y que con el pretexto de la hermandad en Dios, y aquello de que los niños se acerquen a mí, hace que cada niño reparta con él su merienda, las tardes de campo, que él menudea, y así se come trece mitades él solo.

Y Pinito, el compendio de la tontería. Hay un niño que persigue a Juan Ramón, cuando pasa a lomos de Platero, y el poeta cuenta que le grita que es «»¡...maj tonto que Pinitoooo!...»

El pobre murió (...) hace ya mucho tiempo, cuando era yo niño aún, como tú ahora, Platero. Pero ¿sería tonto? ¿Cómo, cómo sería? Platero, muerto él sin saber yo cómo era, ya sabes que, según ese chiquillo, hijo de una madre que lo conoció sin duda, yo soy más tonto que Pinito».

Bien. Creo que no se me ha escapado ninguno. Ya está censado el «nosotros» que atesoran las páginas de *Platero y yo*. Individualizados, ya sea de manera anónima o con nombre y apellidos son nada menos que 116 las personas que habitan en este libro, y de todas las cuales he dado cuenta en esta conferencia.

Pero no quisiera cerrarla sin llamar la atención sobre la sensibilidad medioambiental de Juan Ramón, y ello tan pronto como a principios del siglo XX.

¿O será necesario recordar acá y ahora que la catástrofe ecológica en Huelva es de vieja data? Pero por si acaso sí fuera necesario, acá, en esta tarde en Huelva, y para concluir, citaré una vez más de *Platero y yo*, de ese libro al parecer tan alejado de la realidad, citaré la denuncia ecológica impresionantemente actual del capítulo 95, titulado «El río»:

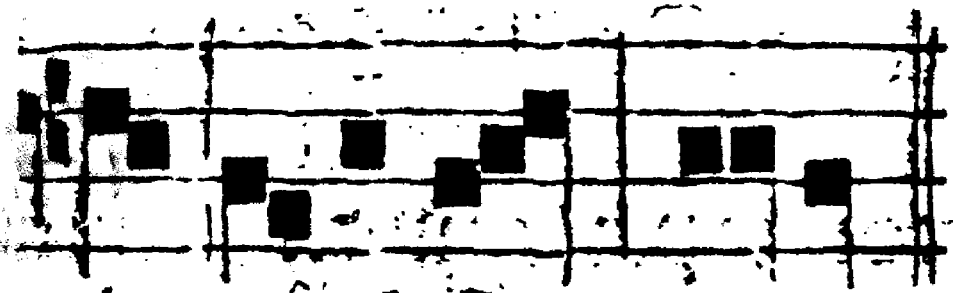
«Mira, Platero, cómo han puesto el río entre las minas, el mal corazón y el padrastreo. Apenas si su agua roja recoge aquí y allá, esta tarde, entre el fango violeta y amarillo, el sol poniente; y por su cauce casi sólo pueden ir barcas de juguete. ¡Qué pobreza!

Antes, los barcos grandes de los vinateros, laúdes, bergantines, faluchos –El Lobo, La Joven Eloísa, el San Cayetano, que era de mi padre y que mandaba el pobre Quintero, La Estrella, de mi tío, que mandaba Picón–, ponían sobre el cielo de San Juan la confusión alegre de sus mástiles –¡sus palos mayores, asombro de los niños!– ; o iban a Málaga, a Cádiz, a Gibraltar, hundidos de tanta carga de vino... Entre ellos, las lanchas complicaban el oleaje con sus ojos, sus santos y sus nombres pintados de verde, de azul, de blanco, de amarillo, de carmín... Y los pescadores subían al pueblo sardinas, ostiones, anguilas, lenguados, cangrejos... El cobre de Ríotinto lo ha envenenado todo. Y menos mal, Platero, que con el asco de los ricos, comen los pobres la pesca miserable de hoy... Pero el falucho, el bergantín, el laúd, todos se perdieron.

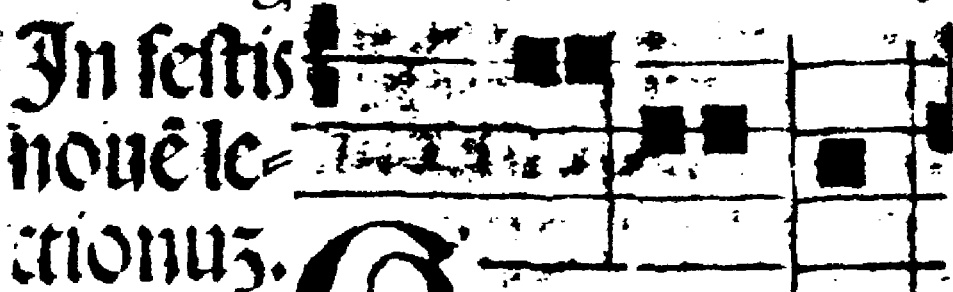
¡Qué miseria! ¡Ya el Cristo no ve el aguaje alto en las mareas! Sólo queda, leve hilo de sangre de un muerto, mendigo harapien-

to y seco, la exangüe corriente del río, color de hierro igual que este ocaso rojo sobre el que La Estrella, desarmada, negra y podrida, al cielo la quilla mellada, recorta como una espina de pescado su quemada mole, en donde juegan, cual en mi pobre corazón las ansias, los niños de los carabineros».

A propósito de este texto, mi buen amigo Bernardo Romero me contó hace poco que a él se lo dictaban en el colegio cuando tenía diez años, en el 66, y añadió el siguiente comentario: «Juan Ramón lo veía y lo escribía como algo inevitable. Ahora las cosas han cambiado. Poco a poco, el personal empieza a hablar, y otros, como servidor de usted, a gritar». Aprovecho, pues, la ocasión, para unir mi grito al de Bernardo y al de todos los demás que griten con él. Domingo Faustino Sarmiento, el polígrafo argentino, habló alguna vez de la necesidad de elegir entre la civilización o la barbarie, pero ¿qué, qué elegir... cuando la civilización es la barbarie? Entonces ya no queda sino gritar, aunque sea contra lo inevitable, como lo hizo Juan Ramón. Quien miraría al cielo «azul constante» de Moguer, y preguntaría: Porque tú sí que nos oyes, Platero, ¿verdad que sí? ©



in excel sis de o.



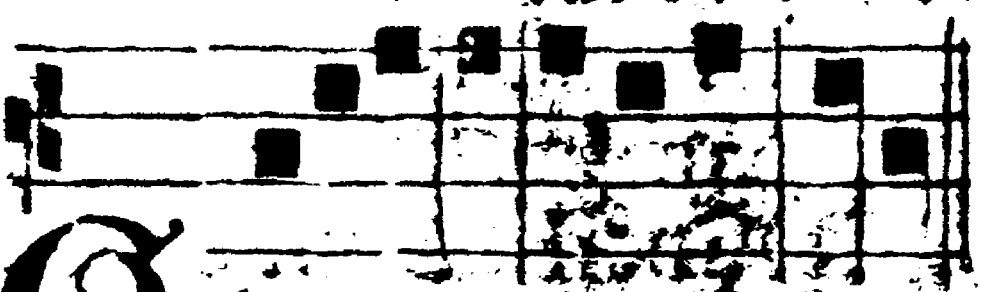
In festis  
noue le-  
ctionu5.

**G**loria in



excel sis de o.

In vltimis trib' diebus cu-  
iuscuq5 octauati.



**G**loria in excelsis de o.